



IX

La nueva cara de la diplomacia: Wilson y el Tratado de Versalles

EL 11 de noviembre de 1918 el primer ministro británico David Lloyd George anunció que se había firmado un armisticio entre Alemania y las potencias aliadas. Hizo el anuncio en estas palabras: “Espero que podamos decir que, así, esta decisiva mañana, ha llegado el fin de todas las guerras”.¹ En realidad, Europa sólo estaba a dos decenios de otra guerra aún más cataclísmica.

Como en la primera Guerra Mundial nada había resultado tal como se planeó, fue inevitable que la búsqueda de la paz fuera tan vana como las expectativas con que las naciones se habían lanzado a la catástrofe. Cada uno de los participantes había previsto una guerra breve, y dejado la determinación de sus condiciones de paz a la especie de congreso diplomático que había puesto fin a los conflictos europeos en el siglo anterior. Pero al aumentar las bajas, alcanzando proporciones horribles, pesaron más que las disputas políticas del preludeo al con-

flicto: la pugna por la influencia en los Balcanes, la posesión de Alsacia-Lorena y la carrera en la construcción de barcos de guerra. Las naciones de Europa llegaron a achacar sus sufrimientos a la maldad innata de sus adversarios y se convencieron de que un acuerdo no podría traer una auténtica paz; había que derrotar por completo al enemigo, o combatir hasta el último aliento.

Si los gobernantes europeos hubiesen continuado las prácticas del orden internacional de preguerra se habría podido firmar una paz de compromiso en la primavera de 1915. Las ofensivas de uno y otro bando habían agotado su curso sangriento, y todos los frentes estaban estancados. Pero así como los programas de movilización se habían adelantado a la diplomacia en la semana anterior al estallamiento de la guerra, así la escala de los sacrificios era ya un obstáculo a todo acuerdo sensato. En cambio, los gobernantes de Europa siguieron aumentando sus exigencias, no sólo intensificando con ello la incompetencia y la irresponsabilidad que los habían llevado a la guerra, sino destruyendo el orden mundial en que sus naciones habían coexistido durante casi un siglo.

Al llegar el invierno de 1914-1915 la estrategia militar y la política exterior habían perdido todo contacto. Ninguno de los beligerantes se atrevía a buscar una paz de compromiso. Francia no cedería hasta haber recuperado a Alsacia-Lorena; Alemania no consideraría siquiera una paz en que se le pidiera devolver territorios que había conquistado. Una vez lanzados a la guerra, los gobernantes de Europa se obsesionaron tanto por el fratricidio, se enloquecieron tanto por la destrucción progresiva de toda una generación de sus jóvenes, que la victoria se volvió su única recompensa, cualesquiera que fuesen las ruinas en que pudiera levantarse. Las más mortíferas ofensivas sólo confirmaron el estancamiento militar, produciendo bajas que habrían sido inimaginables antes de la llegada de la tecnología moderna. Los esfuerzos por obtener nuevos aliados confirmaron el estancamiento político, pues cada nuevo aliado —Italia y Rumania de parte de los Aliados, Bulgaria al lado de las potencias centrales— exigía su parte del botín previsto, destruyendo así la poca flexibilidad que le hubiese quedado a la diplomacia.

Las condiciones de paz fueron adquiriendo gradualmente un carácter nihilista. El estilo aristocrático y un tanto conspiratorio de la diplomacia del siglo XIX resultó inaplicable en la época de la movilización de masas. El bando aliado se especializó en referirse a la guerra con lemas morales como “la guerra para poner fin a todas las guerras” o “hacer seguro al mundo para la democracia”, en especial después que los Estados Unidos entraron en el conflicto. La primera de estas metas era comprensible —si no muy prometedor— para las naciones que habían estado combatiéndose mutuamente en diversas combinaciones durante mil años. Su interpretación práctica fue el desarme total de Alemania.

La segunda propuesta —difundir la democracia— exigía el derrumbe de las instituciones internas alemanas y austriacas. Por tanto, ambos lemas aliados implicaban una lucha hasta el fin.

La Gran Bretaña, que en las guerras napoleónicas había presentado un programa para el equilibrio europeo con el Plan Pitt, apoyó las presiones en favor de una victoria total. En diciembre de 1914 una propuesta alemana de retirarse de Bélgica a cambio del Congo Belga fue rechazada por Grey, ministro del Exterior británico, con el argumento de que los Aliados debían “asegurarse contra todo futuro ataque de Alemania”.²

El comentario de Grey sacó a la luz una transformación de la actitud británica. Hasta poco antes de estallar la guerra, la Gran Bretaña había identificado su seguridad con el equilibrio del poder, al que protegió apoyando siempre al bando débil contra el fuerte. Ya en 1914 la Gran Bretaña se sentía cada vez menos cómoda en su papel. Viendo que Alemania se había vuelto más fuerte que todo el resto del continente, la Gran Bretaña sintió que ya no podía desempeñar su papel tradicional: intentar mantenerse al margen de la contienda en Europa. Y como consideraba a Alemania una amenaza hegemónica en Europa, un retorno al *statu quo ante* no haría nada por aminorar el problema fundamental. De este modo, tampoco la Gran Bretaña aceptaría ya una componenda e insistió en sus propias “garantías”, que equivalían al debilitamiento permanente de Alemania, en especial a una gran reducción de la flota alemana de alta mar, lo cual Alemania jamás aceptaría a menos de ser totalmente derrotada.

Los términos de Alemania eran más precisos y más geopolíticos. Y sin embargo, con su característica falta de sentido de las proporciones, también los gobernantes alemanes pidieron lo que habría equivalido a una rendición incondicional. En el Oeste pedían la anexión de los yacimientos carboníferos del norte de Francia y el dominio militar sobre Bélgica, incluyendo el puerto de Amberes, lo cual les aseguraba la hostilidad implacable de la Gran Bretaña. En el Este, Alemania sólo puso condiciones formales respecto a Polonia, donde, el 5 de noviembre de 1916, prometió crear “un Estado independiente con una monarquía hereditaria y constitucional”,³ suprimiendo así toda perspectiva de una paz de compromiso con Rusia. (La esperanza de Alemania había sido que la promesa de independencia polaca produjera suficientes voluntarios polacos para cinco divisiones; tal como salieron las cosas, sólo se presentaron 3 000 reclutas.)⁴ Después de derrotar a Rusia, Alemania le impuso el Tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918, por el cual se anexaba un tercio de la Rusia europea y establecía un protectorado sobre Ucrania. Al definir por fin lo que entendía por *Weltpolitik*, Alemania estaba aspirando por lo menos a la dominación de Europa.

La primera Guerra Mundial comenzó como típica guerra de gabinete,

con notas que pasaban de embajada a embajada y telegramas distribuidos entre monarcas soberanos, en todas las etapas decisivas del camino al verdadero combate. Pero una vez declarada la guerra, y cuando las calles de las capitales europeas se llenaron de exultantes multitudes, el conflicto dejó de ser de cancillerías y se convirtió en una lucha de masas. Tras los dos primeros años de guerra, cada bando estaba planteando condiciones incompatibles con toda noción del equilibrio.

Lo que nadie habría podido prever fue que ambos bandos ganaran y perdieran al mismo tiempo: que Alemania venciera a Rusia y debilitara seriamente a Francia e Inglaterra, pero que, a la postre, los aliados occidentales, con la indispensable ayuda de los Estados Unidos, surgirían vencedores. La secuela de las guerras napoleónicas había sido un siglo de paz basada en el equilibrio y sostenida por valores comunes. La secuela de la primera Guerra Mundial fue de trastornos sociales, conflictos ideológicos y otra guerra mundial.

El entusiasmo que caracterizó el principio de la guerra desapareció en cuanto los pueblos de Europa llegaron a comprender que la capacidad de sus gobiernos para causar la matanza no estaba compensada por una proporcional capacidad para obtener la victoria o la paz. En el caos resultante fueron derrocadas las cortes orientales, cuya unidad había sostenido la paz de Europa en los días de la Santa Alianza. El Imperio austro-húngaro desapareció por completo. El Imperio ruso fue tomado por los bolcheviques y, durante dos decenios, retrocedió hasta la periferia de Europa. Agobiaron a Alemania la derrota, la revolución, la inflación, la depresión económica y la dictadura. Francia y la Gran Bretaña no se beneficiaron del debilitamiento de sus adversarios. Habían sacrificado la flor y nata de su juventud en aras de una paz que dejó al enemigo geopolíticamente más fuerte de lo que había sido antes de la guerra.

Antes de que fuera evidente toda la dimensión de este desastre, en gran parte autoinfligido, apareció en el escenario un nuevo actor para poner fin de una vez por todas a lo que hasta entonces se había llamado el Concierto de Europa. Entre los escombros y la desilusión de tres años de matanza, los Estados Unidos entraron en la arena internacional con una confianza, una fuerza y un idealismo que eran inimaginables para sus exhaustos aliados europeos.

La entrada de los Estados Unidos en la guerra hizo técnicamente posible la victoria total, pero lo hizo con unos objetivos que tenían muy poca relación con el orden mundial que Europa había conocido durante unos tres siglos y por el cual, supuestamente, había ido a la guerra. Los Estados Unidos desdeñaron el concepto de equilibrio del poder, y consideraron inmoral la práctica de la *Realpolitik*. Las normas norteamericanas para el orden internacional eran la democracia, la seguridad colectiva y la autodeterminación, ninguna de las cuales se había encontrado en acuerdo europeo alguno.

Para los norteamericanos, la disonancia entre su filosofía y el pensamiento europeo subrayaba el mérito de sus creencias. Al proclamar la ruptura radical con los preceptos y las experiencias del Viejo Mundo, la idea wilsoniana de un orden mundial se derivó de la fe norteamericana en la naturaleza esencialmente pacífica del hombre y de una subyacente armonía del mundo. De ahí se colegía que las naciones democráticas, por definición, eran pacíficas; los pueblos a los que se otorgara la autodeterminación ya no tendrían razón alguna para ir a la guerra o para oprimir a otros. Y una vez que todos los pueblos hubiesen probado los beneficios de la paz y la democracia, sin duda se levantarían como uno solo para defender sus logros.

Los gobernantes europeos no tenían categorías de pensamiento para encasillar estas ideas. Ni sus instituciones internas ni su orden internacional se habían basado en teorías políticas que postularan la bondad esencial del hombre. Más bien habían sido pensados para colocar el demostrado egoísmo del hombre al servicio de un bien superior. La diplomacia europea no se fundamentaba en la naturaleza pacífica de los Estados, sino en su propensión a la guerra, que había que combatir o equilibrar. Se formaban alianzas en busca de objetivos específicos y definibles, y no en la defensa de la paz en abstracto.

Las doctrinas wilsonianas de autodeterminación y seguridad colectiva colocaron a los diplomáticos europeos en un terreno absolutamente desconocido. La suposición básica de todos los acuerdos europeos había sido que las fronteras podían ajustarse para promover el equilibrio del poder, cuyos requisitos se anteponían a las preferencias de las poblaciones afectadas. Así fue como Pitt consideró las “grandes masas” para contener a Francia al término de las guerras napoleónicas.

Por ejemplo: durante todo el siglo XIX la Gran Bretaña y Austria se opusieron al desmembramiento del Imperio otomano porque estaban convencidas de que las naciones pequeñas que de él salieran socavarían el orden internacional. A su modo de ver, la inexperiencia de las naciones pequeñas encontraría las endémicas rivalidades étnicas, mientras que su relativa debilidad tentaría a intervenir a las grandes potencias. Según la opinión británica y austriaca, los Estados pequeños tenían que subordinar sus ambiciones nacionales a los intereses generales de la paz. En nombre del equilibrio se había impedido a Francia anexarse la parte valona —de habla francesa— de Bélgica, y se combatió todo intento de Alemania por unirse con Austria (aunque Bismarck tuvo sus propias razones para no buscar esa unión).

Wilson rechazó categóricamente este enfoque, como lo han hecho desde entonces los Estados Unidos. Según el pensamiento norteamericano, no era la autodeterminación la que causaba la guerra, sino precisamente la falta de ella; no era la carencia de un equilibrio del poder la que provocaba inestabilidad, sino la busca de ese equilibrio. Wilson

propuso basar la paz en el principio de seguridad colectiva. En su opinión y la de todos sus discípulos, la seguridad del mundo no exigía la defensa del interés nacional, sino la paz como concepto jurídico. Determinar si en realidad se había cometido una violación de la paz requería una institución internacional, que Wilson definió como Sociedad de Naciones.

Por extraño que parezca, la idea de semejante organización apareció por primera vez en Londres, que hasta entonces había sido el bastión de la diplomacia según el equilibrio del poder. Y el motivo de ello no fue un intento de inventar un nuevo orden mundial, sino la búsqueda inglesa de una buena razón para que los Estados Unidos entraran en una guerra del antiguo orden. En septiembre de 1915, en una revolucionaria desviación de la habitual práctica británica, el ministro del Exterior, Grey, escribió al coronel House, confidente de Wilson, haciendo una propuesta que, según creyó, el idealista presidente norteamericano no podría rechazar.

¿Hasta qué punto —preguntó Grey— se interesaría el Presidente en una Sociedad de Naciones que se comprometiera a imponer el desarme y la solución pacífica de disputas?

¿Propondría el Presidente que hubiera una Sociedad de Naciones que se comprometiera a enfrentarse a cualquier potencia que violara un tratado [...] o que, en caso de disputa, se negara a adoptar otro método de solución que el de la guerra?⁵

No era probable que la Gran Bretaña, que durante 200 años se había mantenido apartada de las alianzas abiertas, de pronto se hubiese aficionado a los compromisos abiertos y en escala mundial. Y sin embargo, la resolución de la Gran Bretaña de prevalecer sobre la inmediata amenaza de Alemania era tan grande que su ministro del Exterior se animó a plantear una doctrina de seguridad colectiva: el compromiso más abierto imaginable. Cada miembro de su propuesta organización mundial tendría la obligación de oponerse a la agresión en cualquier lugar, llegara de donde llegare, y de castigar a las naciones que rechazaran la solución pacífica de disputas.

Grey conocía a su hombre. Desde su juventud, Wilson había creído que las instituciones federales norteamericanas debían servir de modelo para un posible “Parlamento del hombre”; al comienzo de su gobierno ya estaba analizando un pacto panamericano para todo el continente americano. Grey no se sorprendió —aunque sin duda quedó encantado— al recibir una pronta respuesta en que se aceptaba la que, en retrospectiva, puede verse que fue su transparente sugerencia.

Este intercambio acaso fue la primera demostración de esa “relación especial” entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña que permitiría a

ésta mantener una influencia incomparable en Washington mucho después de que declinara su poder tras la segunda Guerra Mundial. Un mismo lenguaje y una misma herencia cultural se combinaron con un gran tacto para que los gobernantes británicos introdujeran sus ideas en el proceso norteamericano de toma de decisiones de tal manera que imperceptiblemente parecieran formar parte del propio Washington. Y así, cuando en mayo de 1916 propuso Wilson por primera vez su plan de una organización mundial, sin duda estaba convencido de que había sido idea suya. Y en cierto modo lo era, pues Grey la había propuesto con un conocimiento profundo de las probables convicciones de Wilson.

Cualesquiera que fuesen sus orígenes directos, la Sociedad de Naciones fue un concepto esencialmente norteamericano. Lo que Wilson tenía en mente era una “asociación universal de las naciones para mantener la seguridad inviolable de las rutas del mar para el uso común y sin obstáculos de todas las naciones, e impedir cualquier guerra iniciada contra un tratado o sin advertencia y la plena exposición de las causas a la opinión mundial: virtual garantía de integridad territorial y de independencia política”.⁶

Sin embargo, al principio se contuvo Wilson de ofrecer la participación norteamericana en esta “asociación universal”. Por fin, en enero de 1917, dio el salto y propuso el ingreso de su país, empleando como modelo en forma sorprendente la Doctrina Monroe:

Estoy proponiendo, por decirlo así, que todas las naciones debieran, en un solo acuerdo, adoptar la doctrina del presidente Monroe como doctrina del mundo: que ninguna nación debe tratar de extender su comunidad por encima de ninguna otra nación o pueblo [...] que en lo sucesivo todas las naciones eviten las alianzas comprometedoras que las arrastrarían a la competencia por el poder [...]⁷

Probablemente México se asombró al saber que el presidente del país que en el siglo XIX le había arrancado una tercera parte de su territorio y le había enviado tropas el año anterior estaba presentando la Doctrina Monroe como garantía de la integridad territorial de las naciones hermanas, y como ejemplo clásico de la colaboración internacional.

Por su idealismo, a Wilson le faltó poco para creer que sus opiniones debían prevalecer en Europa por sus propios méritos. Se mostró del todo dispuesto a complementar el argumento con la presión. Poco después de que los Estados Unidos entraron en guerra, en abril de 1917, Wilson escribió al coronel House: “Cuando la guerra haya pasado podremos imponerles nuestro modo de pensar, porque para entonces estarán, entre otras cosas, económicamente en nuestras manos”.⁸ De momento, varios de los Aliados dieron largas a su respuesta a la idea de

Wilson. Aunque no podían decidirse a aprobar ideas tan contrarias a sus tradiciones, necesitaban demasiado de los Estados Unidos para expresar sus reservas.

A fines de octubre de 1917 envió Wilson a House a pedir a los europeos que prepararan unos objetivos de guerra que reflejaran su proclamado anhelo de una paz sin anexiones ni indemnizaciones, salvaguardado por una autoridad mundial. Durante varios meses Wilson se abstuvo de presentar sus propias ideas porque, como explicó a House, Francia e Italia podrían oponer objeciones si los Estados Unidos ponían en duda lo justo de sus aspiraciones territoriales.⁹

Por último, el 8 de enero de 1918 Wilson procedió por cuenta propia. Con extraordinaria elocuencia y elevadas ideas planteó los objetivos de guerra de los Estados Unidos ante una sesión conjunta del Congreso, presentándolos en Catorce Puntos divididos en dos partes. Consideró obligatorios ocho puntos en el sentido de que “debían” cumplirse. Eran una diplomacia abierta, libertad de navegación marítima, desarme general, supresión de barreras comerciales, solución imparcial de reclamaciones coloniales, restauración de Bélgica, evacuación del territorio ruso y, como broche de oro, el establecimiento de una Sociedad de Naciones.

Wilson presentó los seis puntos restantes, más explícitos, con la declaración de que se les “debería” (en lugar de que se les “debía”) alcanzar; puede suponerse que en su opinión no eran absolutamente indispensables. Por asombroso que pareciera, la devolución de Alsacia-Lorena a Francia estaba incluida en la categoría no obligatoria, aun cuando la determinación de recuperar esta región había sostenido la política francesa durante medio siglo y mediante sacrificios sin precedentes en la guerra. Se consideraban “deseables” otros objetivos, como la autonomía para las minorías de los imperios austro-húngaro y otomano, el nuevo trazo de las fronteras de Italia, la evacuación de los Balcanes, la internacionalización de los Dardanelos y la creación de una Polonia independiente con acceso al mar. ¿Se proponía Wilson dar a entender que estas seis condiciones estaban sujetas a discusión? El acceso de Polonia al mar y la modificación de las fronteras de Italia serían difíciles de reconciliar, sin duda, con el principio de autodeterminación, y por ello constituyeron las primeras fallas de la simetría moral en el propósito de Wilson.

Wilson concluyó su presentación con un llamado a Alemania en nombre del espíritu de conciliación con que los Estados Unidos se enfrentarían a la construcción de un nuevo orden internacional, actitud que se apartaba de los objetivos históricos de las guerras:

No le envidiamos sus realizaciones ni la distinción de su cultura ni de sus empresas pacíficas, que han hecho su historia tan brillante y tan envidiable.

No deseamos dañarla ni bloquear en forma alguna su legítima influencia ni su poder. No deseamos combatirla con armas ni con disposiciones hostiles de comercio si está dispuesta a asociarse con nosotros y con las otras naciones pacíficas del mundo en acuerdos de justicia y derecho y trato imparcial. Sólo queremos que acepte un lugar de igualdad entre los pueblos del mundo [...] ¹⁰

Nunca antes se habían planteado objetivos tan revolucionarios con tan pocas indicaciones sobre cómo aplicarlos. El mundo con que soñaba Wilson se basaría en principios, no en el poder; en el derecho, no en intereses... tanto para los vencedores como para los vencidos. En otras palabras, constituía una inversión total de la experiencia histórica y del método de operación de las grandes potencias. Esto quedó simbolizado en el modo en que Wilson describió su papel en la guerra y el de su país. Los Estados Unidos se alinearon al que, por la aversión de Wilson a la palabra “aliado”, prefirió llamar “un bando” en una de las guerras más feroces de la historia, y Wilson estaba actuando como si fuese el principal mediador, pues lo que parecía estar diciendo era que la guerra no se había entablado para lograr ciertas condiciones específicas, sino para que Alemania adoptara determinada actitud. Por tanto, la guerra había sido por una conversión, no por geopolítica.

En un discurso pronunciado en el *Guildhall* de Londres el 28 de diciembre de 1918, después del Armisticio, Wilson condenó explícitamente el equilibrio del poder, tildándolo de inestable y basado en “celosa vigilancia y conflicto de intereses”:

Ellos [los soldados aliados] lucharon por suprimir un orden antiguo y por establecer uno nuevo, y el centro y la característica del antiguo orden fue esa cosa inestable a la que solíamos llamar “equilibrio del poder”, en que el equilibrio era determinado por la espada que se arrojaba sobre un platillo o sobre otro; un equilibrio que era determinado por el juego inestable de los intereses en pugna [...] Los que han luchado en esta guerra han sido los hombres de las naciones libres que estaban resueltos a que ese tipo de cosas acabara ahora y para siempre. ¹¹

No cabe duda de que Wilson tenía razón al decir que las naciones europeas habían embrollado las cosas. Sin embargo, no fue tanto el equilibrio del poder cuanto la renuncia de Europa a ese equilibrio la que causó el desastre de la primera Guerra Mundial. Los gobernantes de la Europa de preguerra olvidaron el histórico equilibrio del poder y abandonado los ajustes periódicos que habían evitado los encuentros finales. Lo sustituyeron por un mundo bipolar, mucho menos flexible incluso que el mundo de la futura Guerra Fría, ya que carecía de las inhibiciones catastróficas de la era nuclear. Aunque rindiendo homenaje, de dientes para afuera, al equilibrio, los gobernantes de Europa

habían halagado los elementos más nacionalistas de su opinión pública. Ni los acuerdos políticos ni los militares les daban ninguna flexibilidad; no había una válvula de escape entre el *statu quo* y la conflagración. Esto les provocó unas crisis que no pudieron resolver, y las interminables “poses” públicas que, a la postre, no les permitieron retroceder.

Wilson, con toda precisión, identificó algunos de los principales desafíos del siglo xx, especialmente cómo poner el poder al servicio de la paz. Pero sus soluciones complicaron con excesiva frecuencia los problemas que él identificaba, pues atribuyó la competencia entre Estados básicamente a la falta de autodeterminación y a motivos económicos. Y sin embargo, la historia muestra otras muchas causas más frecuentes de competencia, entre las cuales sobresalen el engrandecimiento nacional y la exaltación del gobernante o del grupo gobernante. Desdeñando tales impulsos, Wilson estaba convencido de que la difusión de la democracia los contendría, y de que la autodeterminación los privaría de sus puntos focales.

El remedio de Wilson —la seguridad colectiva— presuponía que todas las naciones se unirían contra la agresión, la injusticia y, puede suponerse, el egoísmo excesivo. En una comparecencia ante el Senado, a comienzos de 1917, Wilson afirmó que el establecimiento de derechos iguales entre los Estados sería el requisito para mantener la paz por medio de la seguridad colectiva, sin que importara el poder que cada nación representaba.

El derecho debe basarse en la fuerza común, no en la fuerza individual, de las naciones de cuyo concierto dependerá la paz. Desde luego, no podrá haber una igualdad de territorio o de recursos; tampoco ninguna otra clase de igualdad que no sea ganada en el ordinario desarrollo pacífico y legítimo de los propios pueblos. Pero nadie pide ni espera nada más que la igualdad de derechos. Ahora, la humanidad está buscando libertad de vida, no equilibrios de poder.¹²

Wilson estaba proponiendo un orden mundial en que la resistencia a la agresión se fundamentara en juicios morales, no geopolíticos. Las propias naciones se preguntarían si un acto era injusto, y no si era amenazador. Aunque los aliados de los Estados Unidos confiaran poco en este nuevo sistema, eran demasiado débiles para refutarlo. Los aliados de los Estados Unidos sabían o creían saber cómo calcular el equilibrio basado en el poder; no confiaban en que ellos o nadie más supiesen cómo evaluar el equilibrio sobre la base de preceptos morales.

Antes de que los Estados Unidos entraran en guerra, las democracias europeas nunca se atrevieron a expresar abiertamente sus dudas acerca de las ideas de Wilson y, en realidad, hicieron todo intento por ganarse a Wilson siguiéndole la corriente. Cuando los Estados Unidos se unieron

a los Aliados, éstos ya eran presa de la desesperación. Las fuerzas combinadas de la Gran Bretaña, Francia y Rusia no habían bastado para superar a Alemania y, tras la Revolución rusa, temían que la entrada de los Estados Unidos en la guerra no hiciera más que compensar el desplome de Rusia. El Tratado de Brest-Litovsk con Rusia mostró el destino que Alemania reservaba a los vencidos. El temor a la victoria alemana impidió que la Gran Bretaña y Francia discutieran los objetivos de guerra de su idealista asociado norteamericano.

Después del Armisticio, los Aliados se encontraron en mejor posición para expresar sus reservas. Tampoco sería aquélla la primera vez que una alianza europea fuera violentada o rota después de la victoria (por ejemplo: el Congreso de Viena pasó por una fase en que las potencias victoriosas se amenazaron unas a otras con la guerra). Sin embargo, los vencedores de la primera Guerra Mundial estaban demasiado agotados por sus sacrificios, y aún dependían demasiado del gigante norteamericano para arriesgarse a una difícil polémica con él, o a retirarse del tratado de paz.

Esto podía decirse especialmente de Francia, la cual se encontró entonces en situación verdaderamente trágica. Durante dos siglos había luchado por el dominio de Europa, pero después de la guerra ya no confiaba en su capacidad de proteger ni aun sus propias fronteras contra un enemigo vencido. Los gobernantes de Francia sabían, intuitivamente, que contener a Alemania era algo que estaba fuera del alcance de su asolada sociedad. La guerra había dejado exhausta a Francia, y la paz parecía augurar catástrofes. Francia, que había luchado por su existencia, ahora se afanaba por su identidad. No se atrevía a quedarse sola, pero su aliado más poderoso estaba proponiendo fundamentar la paz en principios que convertían la seguridad en un proceso judicial.

La victoria hizo comprender a Francia la cruda realidad de que la *revanche* le había costado demasiado cara, y que había estado viviendo de su capital durante casi un siglo. Sólo Francia sabía lo débil que había quedado en comparación con Alemania, aunque nadie más, especialmente los Estados Unidos, estuviese dispuesto a creerle. De este modo, en vísperas de la victoria se inició un diálogo franco-norteamericano que aceleró el proceso de desmoralización de Francia. Como Israel en la era moderna, Francia trataba de ocultar lo vulnerable que era con su susceptibilidad, y su pánico incipiente con su intransigencia. Y, como el Israel moderno, estuvo en constante peligro de quedarse aislada.

Aunque los aliados de Francia insistían en que sus temores eran exagerados, los gobernantes franceses sabían que no era así. En 1880 los franceses habían representado 15.7% de la población de Europa. En 1900 esa cantidad se vio reducida a 9.7%. En 1920 Francia tenía una población de 41 millones, y la de Alemania era de 65 millones, lo que hizo que el estadista francés Briand respondiera a los críticos de su po-

lítica conciliadora hacia Alemania con el argumento de que estaba dirigiendo la política exterior la tasa de natalidad de Francia.

La relativa decadencia económica de Francia era aún más dramática. En 1850 Francia había sido la más grande nación industrial del continente. Para 1880 la producción alemana de acero, carbón y hierro superaba a la de Francia. En 1913 Francia produjo 41 millones de toneladas de carbón, en comparación con 279 millones de toneladas de Alemania; a fines del decenio de 1930 la disparidad se ensancharía pues Francia produjo 47 millones de toneladas contra 351 millones de toneladas de Alemania.¹³

La fuerza residual del enemigo vencido significó la diferencia esencial entre los órdenes internacionales posterior a Viena y posterior a Versalles, y la razón de ello fue la desunión de los vencedores después de Versalles. Una coalición de potencias derrotó a Napoleón, y se necesitó una coalición de potencias para superar a la Alemania imperial. Aun después de perder, ambos vencidos —Francia en 1815 y Alemania en 1918— siguieron siendo lo bastante fuertes para superar a cualquiera de los miembros de la coalición, y tal vez a una combinación de dos de ellos. La diferencia fue que, en 1815, los pacificadores asistentes al Congreso de Viena se mantuvieron unidos y formaron la Cuádruple Alianza, abrumadora coalición de cuatro potencias que disiparía cualesquiera sueños revisionistas. En el periodo posterior a Versalles, los vencedores no permanecieron como aliados; los Estados Unidos y la Unión Soviética se retiraron por completo, y la Gran Bretaña se mostró sumamente vaga en todo lo referente a Francia.

Sólo en el periodo posterior a Versalles se percató Francia, con espanto, de que su derrota a manos de Alemania en 1871 no había sido una aberración. El único modo en que Francia habría podido mantener por sí sola el equilibrio con Alemania hubiera sido fragmentarla en sus Estados componentes, tal vez restableciendo la Confederación Germánica del siglo XIX. De hecho, Francia persiguió esporádicamente este objetivo azuzando el separatismo en la Renania y ocupando las minas de carbón del Sarre.

Sin embargo, para dividir a Alemania había dos obstáculos. Por una parte, Bismarck la había integrado demasiado bien. La Alemania creada por él conservó su sentido de unidad a través de las derrotas en dos guerras mundiales, la ocupación francesa de la zona del Ruhr en 1923 y la imposición soviética de un Estado satélite en la Alemania oriental hasta una generación después de la segunda Guerra Mundial. Cuando se desplomó el Muro de Berlín, en 1989, el presidente de Francia, Mitterrand, jugueteó brevemente con la idea de colaborar con Gorbachov para obstruir la unificación alemana. Pero Gorbachov estaba demasiado preocupado por sus problemas internos para emprender semejante aventura, y Francia no era lo bastante fuerte para intentarla por sí sola.

Una similar debilidad de Francia impidió la división de Alemania en 1918. Aunque Francia hubiese sido capaz de emprender esa tarea, sus aliados, especialmente los Estados Unidos, no habrían tolerado tan crasa violación del principio de autodeterminación. Pero Wilson tampoco estaba dispuesto a insistir en una paz de reconciliación. Al final, siguió adelante con varias cláusulas punitivas que contradecían el trato igual que había prometido en los Catorce Puntos.

El intento de reconciliar el idealismo norteamericano con las pesadillas francesas resultó superior a todo ingenio humano. Wilson negoció la modificación a los Catorce Puntos por el establecimiento de la Sociedad de Naciones, con la que esperaba remediar toda queja legítima que hubiese dejado el tratado de paz. Francia aceptó medidas punitivas mucho menores que las que había creído proporcionales a sus sacrificios, con la esperanza de conseguir que los norteamericanos se comprometieran a largo plazo con la seguridad francesa. A la postre, ningún país alcanzó sus objetivos; Alemania no quedó reconciliada, Francia no se sintió segura y los Estados Unidos se retiraron del acuerdo.

Wilson fue la “estrella” de la Conferencia de Paz, que se reunió en París entre enero y junio de 1919. En los días en que el viaje a Europa tardaba una semana en barco, muchos de los asesores de Wilson le habían advertido que un presidente estadounidense no podía darse el lujo de ausentarse de Washington durante meses enteros. De hecho, por la ausencia de Wilson su fuerza en el Congreso sí sufrió menoscabo, lo que resultó especialmente costoso cuando el tratado de paz fue presentado para su ratificación. Dejando aparte la ausencia de Wilson en Washington, casi siempre es un error que los jefes de Estado se metan en los detalles de una negociación. Entonces se ven obligados a dominar puntos específicos que por lo común están en manos de sus ministerios del Exterior y se centran en temas más apropiados para sus subordinados, mientras se distraen de los asuntos que sólo jefes de Estado pueden resolver. Y como nadie que no tenga un ego bien desarrollado llega al más alto cargo, la negociación resulta difícil y los estancamientos son peligrosos. Como la posición interna de los interlocutores suele depender al menos de una apariencia de éxito, las negociaciones se centran con mayor frecuencia en oscurecer las diferencias que en tratar de la esencia de un problema.

Éste fue el destino de Wilson en París. Con el paso de los meses se vio obligado a regatear por detalles que antes no lo habían preocupado. Cuanto más tiempo se quedaba, más superaba la prisa por llevar las cosas a una conclusión al afán de crear un orden internacional enteramente nuevo. El resultado final fue inevitable, dado el procedimiento que se empleó para negociar el tratado de paz. Como se estaba perdiendo muchísimo tiempo en ajustar cuestiones territoriales, la Sociedad de Naciones surgió como una especie de *deus ex machina*, para

colmar la brecha cada vez mayor que se abría entre las pretensiones morales de Wilson y las condiciones reales del acuerdo.

El voluble galés David Lloyd George, quien representaba a la Gran Bretaña, en la campaña electoral anterior a la Conferencia de Paz había prometido que Alemania tendría que pagar todo el costo de la guerra, y que “le esculcaremos los bolsillos”. Pero ante una Alemania elusiva y una Francia desconfiada, se dedicó a maniobrar entre Clemenceau y Wilson. A la postre obtuvo sus medidas punitivas, invocando la Sociedad de Naciones como el mecanismo por el cual se corregirían después todas las desigualdades.

El punto de vista de Francia estuvo representado por el anciano Georges Clemenceau, que mostraba las heridas de la guerra. Apodado *el Tigre*, era un veterano de decenios de batallas internas, desde el derrocamiento de Napoleón III hasta la reivindicación del capitán Dreyfus. Y sin embargo, en la Conferencia de París se fijó una tarea que estaba más allá incluso de sus enormes capacidades. Luchando por una paz que de algún modo anulara la obra de Bismarck y reafirmara la supremacía de Francia en el continente al estilo de Richelieu, agotó la tolerancia del sistema internacional y, de hecho, la capacidad de su propia sociedad. Simplemente, no se podía hacer retroceder el reloj 150 años. Ninguna otra nación compartió o siquiera comprendió por completo los objetivos de Francia. La frustración sería el destino de Clemenceau, y la desmoralización progresiva el futuro de Francia.

Vittorio Orlando, primer ministro de Italia, representó al último de los Cuatro Grandes. Aunque era una figura elegante, con frecuencia fue eclipsado por su enérgico ministro del Exterior, Sidney Sonnino. Los negociadores italianos, como pudo verse, habían ido a París a recoger el botín y no a planear un nuevo orden internacional. Los Aliados habían atraído a Italia a la guerra prometiéndole el sur del Tirol y la costa dalmata en el Tratado de Londres de 1915. Como el sur del Tirol era predominantemente austro-germano y la costa dalmata era eslava, los representantes de Italia se encontraron en conflicto directo con el principio de autodeterminación. Y sin embargo, Orlando y Sonnino estancaron la conferencia hasta que, por simple exasperación, el sur del Tirol (aunque no Dalmacia) le fue entregado a Italia. Este “compromiso” demostró que los Catorce Puntos no estaban grabados en piedra, y abrió las puertas a otros varios ajustes que, colectivamente, iban contra el prevaleciente principio de autodeterminación, sin mejorar el antiguo equilibrio del poder ni crear otro.

A diferencia del Congreso de Viena, la Conferencia de Paz de París no incluyó a las potencias vencidas. Por consiguiente, los meses de negociaciones dieron a los alemanes un ambiente de incertidumbre que les hizo concebir ilusiones. Recitaban de memoria los Catorce Puntos de Wilson, y aunque su propio programa de paz habría sido brutal, se

engañaron creyendo que la decisión final de los Aliados sería benigna en cierto modo. Por ello, cuando los pacificadores mostraron el resultado de su obra en junio de 1919, los alemanes se indignaron y durante dos decenios se dedicaron a sabotearlo sistemáticamente.

La Rusia de Lenin, que tampoco fue invitada, atacó toda la empresa diciendo que sólo era una orgía capitalista organizada por países cuyo fin último era intervenir en la guerra civil en Rusia. Se dio así el caso de que la paz en que concluyó la guerra para poner fin a todas las guerras no incluyó a las dos naciones más fuertes de Europa —Alemania y Rusia— que, unidas, contenían bastante más de la mitad de la población de Europa y, con mucho, el mayor potencial militar. Este hecho, por sí solo, bastó para condenar los acuerdos de Versalles.

Tampoco sus procedimientos favorecieron un enfoque general. Los Cuatro Grandes —Wilson, Clemenceau, Lloyd George y Orlando— eran las figuras sobresalientes, pero no pudieron dominar las sesiones del modo en que los ministros de las grandes potencias habían dominado el Congreso de Viena cien años antes. Los negociadores de Viena se habían concentrado ante todo en establecer un nuevo equilibrio del poder, para el cual había servido de modelo el Plan Pitt. En cambio, los jefes de Estado en París eran constantemente distraídos por una serie interminable de asuntos secundarios.

Se invitó a 27 Estados. Considerada como foro para todos los pueblos del mundo, la conferencia se convirtió, a la postre, en una batalla campal. El Consejo Supremo —compuesto por los jefes de gobierno de la Gran Bretaña, Francia, Italia y los Estados Unidos— era el de más alto rango entre las innumerables comisiones y secciones que integraban la conferencia. Además, estaba el Consejo de los Cinco, integrado por el Supremo Consejo más el jefe de gobierno de Japón, y un Consejo de los Diez, que era el Consejo de los Cinco con sus ministros del Exterior. Los delegados de los países más pequeños podían comunicar a los grupos más encumbrados sus diversas preocupaciones. Esto subrayó la naturaleza democrática de la conferencia, pero también le quitó mucho tiempo.

Como no se había precisado ninguna agenda antes de la conferencia, los delegados llegaban sin saber en qué orden se tratarían los asuntos. De este modo, la Conferencia de París terminó con 58 distintos comités. En su mayor parte trataban de cuestiones territoriales. Se creó un comité separado para cada país. Además, había comités que trataban de culpabilidad de guerra y criminales de guerra, de reparaciones, puertos, vías acuáticas y ferrocarriles, de mano de obra y, por último, de la Sociedad de Naciones. En total, los miembros del comité de la conferencia asistieron a 1 646 reuniones.

Interminables disputas acerca de temas secundarios oscurecían el hecho básico de que, para que la paz fuese estable, el acuerdo debía tener algún concepto general, especialmente una visión a largo plazo

del futuro papel de Alemania. En teoría, los principios norteamericanos de seguridad colectiva y de autodeterminación habían de desempeñar ese papel. En la práctica, la auténtica cuestión de la conferencia (que resultó irresoluble) serían las diferencias entre el concepto norteamericano de un orden internacional y el de los europeos, en particular el de los franceses. Wilson rechazó la idea de que los conflictos internacionales tuviesen causas estructurales. Considerando natural la armonía, Wilson se esforzó por lograr unas instituciones que disiparan para siempre la ilusión de choques de intereses y permitieran reafirmar el concepto subyacente de una comunidad mundial.

Francia, teatro de muchas de las guerras europeas y participante en muchas otras, no se dejaría persuadir de que el choque de intereses nacionales era ilusorio, o de que existía alguna nebulosa armonía subyacente, hasta entonces oculta a la humanidad. Dos ocupaciones alemanas en el curso de 50 años habían hecho que Francia sintiese un temor obsesivo a otra serie de conquistas. Aspiraba a tener garantías tangibles a su seguridad, y dejaba a otros el adoctrinamiento moral de la humanidad. Pero esas garantías tangibles implicaban, o bien un debilitamiento de Alemania, o bien la seguridad de que, en caso de otra guerra, ciertos países, especialmente los Estados Unidos y la Gran Bretaña, estarían del lado de Francia.

Como los Estados Unidos se oponían al desmembramiento de Alemania, y la seguridad colectiva resultaba demasiado nebulosa para Francia, la única solución al problema de Francia era un compromiso norteamericano y británico de defenderla. Y eso era justo lo que ambos países anglosajones se mostraban en extremo renuentes a otorgar. Como no recibió esa garantía, Francia se vio reducida a exigir ciertas medidas. La geografía protegía a los Estados Unidos, y la rendición de la flota alemana había disipado las preocupaciones británicas por el dominio de los mares. Entre los vencedores, sólo a Francia se le estaba pidiendo dejar su seguridad en manos de la opinión mundial. André Tardieu, importante negociador francés, arguyó que:

Para Francia, como para la Gran Bretaña y los Estados Unidos, es necesario crear una zona de seguridad [...] Esta zona la crean las potencias navales con sus flotas y con la eliminación de la flota alemana. Esta zona, Francia, no protegida por el océano, incapaz de eliminar a millones de alemanes preparados para la guerra, debe crearla por el Rin mediante una ocupación interaliada de ese río.¹⁴

Y sin embargo, la petición francesa de arrancar la Renania a Alemania tropezó con la convicción norteamericana de que “semejante paz sería contraria a todo lo que hemos representado”.¹⁵ La delegación norteamericana arguyó que separar la Renania de Alemania y acantonar allí tropas aliadas provocaría un permanente resentimiento alemán. Philip

Kerr, delegado británico, dijo a Tardieu que la Gran Bretaña consideraba que un Estado renano independiente sería “fuente de complicación y de debilidad [...] Si surgen conflictos locales, ¿adónde conducirán? Si de estos conflictos resulta una guerra, ni Inglaterra ni sus dominios tendrán el profundo sentimiento de solidaridad con Francia que los animó en la última guerra”.¹⁶

Los gobernantes franceses se preocupaban mucho menos por el ulterior resentimiento alemán que por la potencia de Alemania. Tardieu se mantuvo firme:

Decís que a Inglaterra no le gusta emplear tropas británicas lejos de su patria. Esto es un hecho: Inglaterra siempre ha tenido tropas en la India y en Egipto. ¿Por qué? Porque sabe que su frontera no está en Dover [...] *Pedirnos abandonar la ocupación es como pedir a Inglaterra y a los Estados Unidos que hundan su flota de acorazados.*¹⁷

Si se le negaba a Francia una zona protectora, necesitaría alguna otra garantía, de preferencia una alianza con la Gran Bretaña y los Estados Unidos. En caso necesario, Francia estaba dispuesta a aceptar cierta interpretación del concepto de seguridad colectiva para alcanzar el mismo resultado de una alianza tradicional.

Wilson estaba tan impaciente por establecer la Sociedad de Naciones que en ocasiones planteó teorías que despertaban las esperanzas de Francia. Varias veces describió Wilson la Sociedad de Naciones como un tribunal internacional para zanjar disputas, alterar fronteras y dar a las relaciones internacionales una muy necesaria elasticidad. Uno de los consejeros de Wilson, el doctor Isaiah Bowman, resumió las ideas de Wilson en un memorándum redactado a bordo de la nave que los llevaba a la Conferencia de Paz en diciembre de 1918. La Sociedad de Naciones velaría por la

[...] *integridad territorial más la alteración posterior de las condiciones y la modificación de fronteras si pudiera demostrarse que se había cometido una injusticia o que habían cambiado las condiciones.* Y esa alteración sería más fácil con el tiempo, cuando *se enfriaran las pasiones* y pudieran verse las cosas a la luz de la justicia, y no a la luz de una conferencia de paz al término de una guerra prolongada [...] [Lo] opuesto de semejante curso fue sostener la idea de las *grandes potencias y el equilibrio del poder*, y semejante idea *siempre había producido sólo “agresión, egoísmo y guerra”.*¹⁸

Después de la sesión plenaria del 14 de febrero de 1919, en que Wilson presentó el Pacto de la Sociedad de Naciones, habló a su esposa en términos casi idénticos: “Éste es nuestro verdadero primer paso hacia adelante, pues ahora comprendo mejor que nunca que, una vez esta-

blecida, la Sociedad de Naciones podrá arbitrar y corregir errores que son inevitables en el tratado que intentamos hacer esta vez".¹⁹

Tal como Wilson la imaginaba, la Sociedad de Naciones tendría el doble mandato de imponer la paz y de rectificar sus desigualdades. No obstante, Wilson era víctima de una profunda ambivalencia. Imposible habría sido encontrar un solo ejemplo histórico de cambios de fronteras europeas hechos apelando a la justicia o por procesos puramente jurídicos; casi en todos los casos se habían alterado —o defendido— en nombre del interés nacional. Y sin embargo, Wilson veía claramente que el pueblo norteamericano no estaba ni remotamente preparado para un compromiso militar en defensa de las cláusulas del Tratado de Versalles. En esencia, las ideas de Wilson se convertían en instituciones equivalentes a un gobierno mundial que el pueblo norteamericano estaría aún menos dispuesto a aceptar que una fuerza de vigilancia global.

Wilson trató de soslayar este problema invocando la opinión pública mundial y no el gobierno mundial o la fuerza militar como la sanción última contra agresiones. Así lo describió en la Conferencia de Paz, en febrero de 1919:

[...] por medio de este instrumento [la Sociedad de Naciones] estamos dependiendo básica y principalmente de una gran fuerza, y ésta es la fuerza moral de la opinión pública del mundo [...]²⁰

Y lo que no pudiera resolver la opinión mundial, sin duda lo haría la presión económica. Según el Memorándum Bowman:

En casos tocantes a la disciplina, había una alternativa a la guerra, a saber, el boicot; el comercio, incluyendo instalaciones postales y de telégrafo, podría negarse a un Estado culpable de felonía.²¹

Ningún Estado europeo había visto jamás en acción semejante mecanismo, ni podía creer en su factibilidad. En todo caso, era pedir demasiado a Francia, que había perdido tanta sangre y riquezas, sólo para encontrarse frente a un vacío en la Europa oriental y frente a una Alemania cuya fuerza era muy superior a la suya.

Para Francia, por consiguiente, la Sociedad de Naciones sólo tenía un propósito: activar la ayuda militar contra Alemania, en caso de que se necesitara. País antiguo y ya desangrado, Francia no podía confiar en la premisa básica de la seguridad colectiva, en que todas las naciones juzgarían las amenazas de igual modo o que, en caso de hacerlo, llegarían a conclusiones idénticas sobre cómo oponérsele. Si fallaba la seguridad colectiva, los Estados Unidos —y tal vez la Gran Bretaña— siempre podrían defenderse a sí mismos, en última instancia por sus propios medios. Mas para Francia no había última instancia; su juicio había de ser atinado desde el principio. Si resultaba errónea la suposición básica

de la seguridad colectiva, Francia, a diferencia de los Estados Unidos, no podría entablar otra guerra tradicional; en cambio, dejaría de existir. Por tanto, Francia no estaba buscando una seguridad general, sino una garantía aplicable a sus circunstancias específicas. Pero esto se negaba resueltamente a concederlo la delegación norteamericana.

Aunque, a la luz de las presiones de su patria, fuera comprensible la renuencia de Wilson a comprometer a los Estados Unidos más que con una declaración de principios, esto intensificó los presentimientos de Francia. Los Estados Unidos nunca habían vacilado en aplicar la fuerza como apoyo a la Doctrina Monroe, que Wilson invocaba constantemente como modelo de su nuevo orden internacional. Y sin embargo, los Estados Unidos retrocedían cuando se planteaba la cuestión de las amenazas alemanas al equilibrio del poder europeo. ¿No significaba esto que el equilibrio europeo tenía para la seguridad de los Estados Unidos menor interés que las condiciones imperantes en el continente americano? Para suprimir esta distinción, el representante francés en el comité correspondiente, Léon Bourgeois, no dejó de hacer presión, exigiendo un ejército internacional o cualquier otro mecanismo que diera a la Sociedad de Naciones una maquinaria de aplicación automática en caso de que Alemania abrogara el acuerdo de Versalles... única causa de guerra que interesaba a Francia.

Por un momento Wilson pareció apoyar el concepto, refiriéndose al propuesto pacto como una garantía de los "títulos de propiedad sobre el planeta".²² Pero el séquito de Wilson quedó horrorizado. Sus integrantes sabían que el Senado jamás ratificaría un ejército internacional permanente, o un compromiso militar permanente. Un asesor de Wilson llegó a argüir que una cláusula que estipulara el uso de la fuerza contra la agresión sería anticonstitucional:

Una objeción considerable a semejante cláusula es que sería nula si estuviera contenida en un tratado de los Estados Unidos, puesto que el Congreso, según la Constitución, tiene la facultad de declarar la guerra. Una guerra que surgiera automáticamente de una situación ulterior, consecuencia de una cláusula del tratado, no es una guerra declarada por el Congreso.²³

Esto significaba, literalmente, que ninguna alianza con los Estados Unidos podría tener fuerza obligatoria.

Wilson no tardó en volver a la doctrina pura de la seguridad colectiva. Tras rechazar la propuesta francesa declaró que la maquinaria permanente sería innecesaria porque la propia Sociedad de Naciones serviría para inspirar una abrumadora confianza en todo el mundo. Sostuvo que "el único método [...] estriba en que tengamos confianza en la buena fe de las naciones que pertenecen a la Sociedad [...] Cuando llegue el peligro, también llegaremos nosotros; pero deberéis confiar en nosotros".²⁴

La confianza no es un artículo que abunde entre los diplomáticos. Cuando está en juego la supervivencia de las naciones, los estadistas buscan garantías más tangibles... en especial si un país se encuentra tan precariamente situado como Francia. Lo persuasivo del argumento norteamericano residía en la falta de toda alternativa; por muy ambiguas que fuesen las obligaciones de la Sociedad de Naciones, seguirían siendo mejores que nada. Lord Cecil, uno de los delegados británicos, dijo eso precisamente, cuando censuró a Léon Bourgeois por sus amenazas de no ingresar en la Sociedad de Naciones a menos que el pacto tuviese una maquinaria de aplicación inmediata. “Los Estados Unidos —dijo Cecil a Bourgeois— no tienen nada que ganar con la Sociedad de Naciones [...] podrían dejar en paz los asuntos europeos y atender a los suyos propios; la oferta de apoyo hecha por los Estados Unidos fue prácticamente un presente a Francia [...]”²⁵

Aunque con muchas dudas y presentimientos, Francia acabó por ceder a la difícil lógica del argumento del británico, y aceptó la perogrullada contenida en el Artículo 10 de la Carta de la Sociedad de Naciones: “El Consejo recomendará los medios por los cuales deberá cumplirse esta obligación [o sea, la conservación de la integridad territorial]”.²⁶ Es decir, en caso de urgencia, la Sociedad de Naciones convendría en aquello en que pudiera convenir. Esto era, desde luego, lo que todas las naciones habrían hecho, de manera característica, si no hubiese ningún pacto; y ésta era precisamente la circunstancia que las alianzas tradicionales trataban de remediar invocando la obligación formal de ayuda mutua en circunstancias definidas en forma específica.

Un memorándum francés subrayó con rudeza lo inadecuado de los acuerdos de seguridad de la propuesta Sociedad de Naciones:

Supóngase que en lugar de un entendimiento militar defensivo —en realidad, muy limitado— que entró en vigor entre la Gran Bretaña y Francia en 1914, no hubiese habido entre los dos países otro nexo que los acuerdos generales contenidos en el Pacto de la Sociedad de Naciones; la intervención británica hubiese sido mucho menos pronta, asegurando así la victoria de Alemania. Creemos, pues, que en esas condiciones la ayuda ofrecida por el Pacto de la Sociedad de Naciones llegaría demasiado tarde.²⁷

Una vez aclarado que los Estados Unidos se negaban a incorporar provisiones concretas de seguridad en el pacto, Francia reanudó su presión exigiendo desmembrar a Alemania. Propuso el establecimiento de una independiente república renana como zona desmilitarizada protectora, e intentó crear un incentivo para semejante Estado dejándolo exento del pago de reparaciones. Cuando los Estados Unidos y la Gran Bretaña se negaron, Francia sugirió que, por lo menos, la Renania quedara separada de Alemania hasta que las instituciones de la Sociedad

de Naciones hubiesen tenido la oportunidad de desarrollarse, y se pudiera poner a prueba su maquinaria de coacción.

En un esfuerzo por aplacar a Francia, Wilson y los gobernantes británicos le ofrecieron, a cambio del desmembramiento de Alemania, un tratado que garantizaría el nuevo acuerdo. Los Estados Unidos y la Gran Bretaña convendrían en ir a la guerra si Alemania violaba el acuerdo. Era muy similar al pacto que los Aliados habían creado en el Congreso de Viena para protegerse contra Francia. Pero había una diferencia importante: después de las guerras napoleónicas, los Aliados habían creído sinceramente en una amenaza francesa y trataban de prevenirse contra ella; en realidad, después de la primera Guerra Mundial la Gran Bretaña y los Estados Unidos no creían en una amenaza alemana. Ofrecieron su garantía sin estar convencidos de que fuera necesaria, ni particularmente resueltos a aplicarla.

El principal negociador francés se regocijó y dijo que la garantía británica era "sin precedente". En ocasiones la Gran Bretaña había entrado en acuerdos temporales, dijo, pero nunca antes se había sometido a una obligación permanente: "A veces ha prestado ayuda; nunca se había comprometido, de antemano, a prestarla".²⁸ Tardieu consideró el compromiso propuesto por los Estados Unidos una desviación igualmente trascendental de su histórica pauta de aislacionismo.²⁹

En su afán de obtener garantías en toda forma, los gobernantes franceses pasaron por alto el hecho esencial de que las decisiones anglosajonas "sin precedente" eran, ante todo, una táctica para hacer que Francia olvidara su exigencia de desmembrar a Alemania. En política exterior, el término "sin precedente" es siempre un tanto dudoso, porque la gama real de la innovación está muy circunscrita por la historia, las instituciones nacionales y la geografía.

Si Tardieu hubiese observado la reacción de la delegación norteamericana habría comprendido cuán tenue era en realidad esta garantía. Los consejeros de Wilson se opusieron unánimes a su jefe. ¿No se había creado explícitamente la nueva diplomacia para suprimir este tipo de compromisos nacionales? ¿Habían luchado los Estados Unidos en la guerra sólo para terminar en una alianza tradicional? Escribió House en su diario:

Creí que debía llamar la atención del Presidente sobre los peligros de semejante tratado. Entre otras cosas, se le consideraría como un golpe directo a la Sociedad de Naciones. Se supone que la Sociedad haría exactamente lo que este tratado proponía, y si fuera necesario que las naciones hicieran semejantes tratados, ¿para qué serviría la Sociedad de Naciones?³⁰

Era una pregunta pertinente, pues si la Sociedad de Naciones actuaba como lo había anunciado, la garantía era innecesaria; y si la garantía era necesaria, entonces la Sociedad no estaría a la altura de sus inten-

ciones, y quedarían en entredicho todos los conceptos de la posguerra. Los aislacionistas del Senado de los Estados Unidos tenían sus propias dudas. No les preocupaba tanto que la garantía chocara con la Sociedad de Naciones cuanto que los astutos europeos estuviesen atrayendo a los Estados Unidos a la red de sus corrompidos y viejos embrollos. La garantía no duró mucho. La negativa del Senado a ratificar el Tratado de Versalles la volvió ficticia; y la Gran Bretaña se apresuró a aprovechar el pretexto para liberarse también de su compromiso. El abandono de las exigencias de Francia resultó permanente, y efímera la garantía.

De todas estas corrientes entrecruzadas surgió, por fin, el Tratado de Versalles, llamado así por el Salón de los Espejos del palacio de Versalles en que se firmó. El lugar pareció infligir una humillación innecesaria. Cincuenta años antes Bismarck, sin ningún tacto, había proclamado allí mismo la unificación alemana; ahora, los vencedores le devolvían su propio insulto. Y no era probable que su obra aplacara a todo el medio internacional. El Tratado de Versalles, demasiado punitivo para ser conciliador, demasiado benigno para impedir que Alemania se recuperara, condenaba a las exhaustas democracias a una vigilancia constante y a la necesidad de coacción permanente contra una Alemania irreconciliable y revisionista.

A despecho de los Catorce Puntos, el tratado era punitivo en los ámbitos territorial, económico y militar. Alemania había de entregar 13% de su territorio de preguerra. La Alta Silesia, de gran importancia económica, pasaba a manos de la recién creada Polonia, que también recibía una salida al mar Báltico y el área que rodeaba a Posen, creando así el "Corredor Polaco" que separaba la Prusia oriental del resto de Alemania. El minúsculo territorio de Eupen-et-Malmédy era entregado a Bélgica, y Alsacia-Lorena volvía a Francia.

Alemania perdió sus colonias, cuya situación legal ocasionó una disputa entre Wilson, por una parte, y Francia, la Gran Bretaña y Japón por la otra; los tres deseaban anexarse una parte de los despojos. Wilson insistió en que esa transferencia directa violaría el principio de autodeterminación. Los Aliados finalmente llegaron al llamado Principio de Mandato, que era tan ingenioso como hipócrita. Las colonias alemanas, así como antiguos territorios otomanos en el Medio Oriente, fueron asignados a los diversos vencedores con un "mandato", bajo supervisión de la Sociedad de Naciones, para facilitar su independencia. Nunca se definió explícitamente lo que aquello significaba y, a la postre, los mandatos tampoco condujeron a la independencia más pronto que en ninguna otra zona colonial.

Las restricciones militares del tratado reducían el ejército alemán a 100 000 voluntarios, y su armada a seis cruceros y unos cuantos navíos pequeños. Se le prohibía a Alemania poseer armas ofensivas como submarinos, aviones, tanques o artillería pesada, y se disolvió su estado

mayor. Para supervisar el desarme alemán se creó una Comisión Inter-aliada de Control Militar, a la que se otorgaron facultades que resultarían sumamente vagas e ineficaces.

Pese a la promesa electoral de Lloyd George, de “esculcar” a Alemania, los Aliados empezaron a comprender que una Alemania económicamente postrada podría provocar una crisis económica mundial que afectaría a sus propias sociedades. Pero las poblaciones victoriosas mostraron poco interés en las advertencias de los teóricos de la economía. Británicos y franceses exigieron que Alemania indemnizara a sus poblaciones civiles por todos los daños sufridos. Contra su opinión, Wilson finalmente aceptó una cláusula que hacía pagar a Alemania las pensiones de las víctimas de guerra y cierta compensación a sus familias. Semejante cláusula era inaudita; nunca un tratado de paz europeo había contenido cosa semejante. No se fijó cantidad alguna a esas reclamaciones; sería determinada en fecha posterior, lo cual fue causa de interminables controversias.

Otras sanciones económicas incluyeron el pago inmediato de 5 000 millones de dólares en efectivo o en especie. Francia recibiría grandes cantidades de carbón para indemnizarla por la destrucción de sus minas durante la ocupación alemana del este de Francia. Para compensar los navíos hundidos por submarinos alemanes, la Gran Bretaña recibiría gran parte de la flota mercante alemana. Los activos extranjeros de Alemania, por un total de 7 000 millones de dólares, fueron confiscados junto con muchas patentes alemanas (gracias al Tratado de Versalles, la aspirina Bayer es producto norteamericano, no alemán). Los principales ríos de Alemania quedaron internacionalizados, y se restringió su capacidad de crear aranceles.

Estas condiciones hipotecaban el nuevo orden internacional en lugar de ayudar a crearlo. Al reunirse los vencedores en París proclamaron una nueva etapa de la historia. Tan impacientes estaban por evitar los que consideraban errores del Congreso de Viena, que la delegación británica comisionó al renombrado historiador sir Charles Webster para que escribiera un tratado sobre el tema.³¹ Empero, lo que finalmente originaron fue un frágil compromiso entre el utopismo norteamericano y la paranoia europea: condicionado en exceso para realizar los sueños del primero, demasiado tentativo para disipar los temores de la segunda. Un orden internacional que sólo puede mantenerse por la fuerza es precario, tanto más cuanto que los países que debían soportar el principal peso de su aplicación —en este caso la Gran Bretaña y Francia— se encontraban distanciados.

Pronto se hizo obvio que, como cosa práctica, no podía aplicarse el principio de autodeterminación de la manera tan clara presentada en los Catorce Puntos, sobre todo entre los Estados sucesores del Imperio austro-húngaro. Checoslovaquia terminó conteniendo tres millones de

alemanes, un millón de húngaros y medio millón de polacos, entre una población de cerca de 15 millones de habitantes; casi un tercio de la población total no era checa ni eslovaca. Y Eslovaquia no era parte muy entusiasta de un Estado dominado por los checos, como lo demostraría separándose en 1939 y, nuevamente, en 1992.

La nueva Yugoslavia satisfizo las aspiraciones de los intelectuales eslavos del Sur. Mas para crear ese Estado fue necesario atravesar la frontera de la historia europea que separaba a los imperios romanos de Occidente y de Oriente, las religiones católica y ortodoxa, los alfabetos latino y cirílico: línea fronteriza que corre, aproximadamente, entre Croacia y Serbia, las cuales nunca en sus complejas historias habían pertenecido a la misma unidad política. El pago de todo esto vino después de 1941, en una sangrienta guerra civil que recommenzó en 1991.

Rumania adquirió millones de húngaros; Polonia, millares de alemanes y la custodia de un corredor que separaba el este de Prusia del resto de Alemania. Al término de este proceso, dirigido en nombre de la autodeterminación, casi tantas personas vivían bajo un gobierno extranjero como durante los días del Imperio austro-húngaro, pero ahora estaban distribuidas entre muchas más naciones-Estados, que a su vez eran mucho más débiles y que, para socavar más aún la estabilidad, estaban en conflicto entre sí.

Cuando ya era demasiado tarde, Lloyd George comprendió el dilema en que los victoriosos Aliados se habían metido. En un memorándum a Wilson, fechado el 25 de marzo de 1919, le escribió:

No puedo concebir mayor causa para una guerra futura que la de que el pueblo alemán, que ciertamente ha demostrado ser una de las razas más robustas y poderosas del mundo, se encuentra rodeado por un número de Estados pequeños, consistentes muchos de ellos en pueblos que nunca habían tenido por sí solos un gobierno estable, cada uno de los cuales contiene grandes masas de alemanes que claman por reunirse con su patria.³²

Mas, para entonces, la conferencia ya había avanzado demasiado hacia su fecha de clausura, en junio. Tampoco se contaba con ningún otro principio para organizar el orden mundial, cuando ya se había descartado el equilibrio del poder.

Más adelante, muchos gobernantes alemanes afirmarían que su país había sido llevado con engaños al Armisticio por los Catorce Puntos de Wilson, que luego fueron sistemáticamente violados. Tales argumentos no eran más que disparates, causados por pura autocompasión. Alemania había pasado por alto los Catorce Puntos mientras consideró que tenía oportunidad de ganar la guerra, y poco después de la proclamación de los Catorce Puntos había impuesto una paz cartaginesa a Rusia en Brest-Litovsk, violando cada uno de los principios de Wilson. La

única razón de que Alemania finalmente pusiera fin a la guerra fue por simples cálculos de poder: con la intervención del ejército norteamericano, su derrota final sólo era cuestión de tiempo. Cuando pidió un armisticio, Alemania estaba exhausta, sus defensas se desplomaban y los ejércitos aliados estaban a punto de invadir territorio alemán. De hecho, los principios de Wilson salvaron a Alemania de una venganza mucho más cruenta.

Con mejor razón, otros historiadores han argüido que fue la negativa de los Estados Unidos a ingresar en la Sociedad de Naciones la que condenó el Tratado de Versalles. Cuando los Estados Unidos no ratificaron el tratado ni garantizaron las fronteras francesas como se les pedía, ciertamente contribuyeron a la desmoralización de Francia. Pero, dado el carácter aislacionista del país, la afiliación de los Estados Unidos a la Sociedad de Naciones o la ratificación de la garantía no habría establecido una diferencia considerable. De un modo o de otro, los Estados Unidos no habrían empleado la fuerza para repeler una agresión, o bien habrían tenido que definir la agresión en términos que no se aplicaban a la Europa oriental... como la Gran Bretaña tendría que hacerlo durante el decenio de 1930.

El desplome del Tratado de Versalles fue estructural. El siglo de paz a que dio lugar el Congreso de Viena se había sostenido gracias a tres pilares, indispensables todos ellos: la paz de conciliación con Francia, el equilibrio del poder y el sentido compartido de la legitimidad. La paz relativamente conciliadora con Francia no habría impedido, por sí misma, que surgiera el revisionismo francés. Pero Francia sabía que la Cuádruple Alianza y la Santa Alianza siempre podrían reunir fuerzas superiores, haciendo demasiado peligroso el expansionismo francés. Al mismo tiempo, los congresos europeos periódicos dieron a Francia la oportunidad de participar en el Concierto de Europa en términos de igualdad. Ante todo, los principales países habían compartido valores comunes, de modo que las quejas no se fundieron en un intento de destruir el orden internacional.

El Tratado de Versalles no satisfizo ninguna de estas condiciones. Sus términos eran demasiado onerosos para la conciliación, pero no lo bastante severos para un sometimiento permanente. En realidad, no era fácil lograr el equilibrio entre satisfacer a Alemania y subyugarla. Habiendo considerado demasiado estrecho el orden mundial de preguerra, no era probable que Alemania quedara satisfecha con *ninguno* de los términos que se le ofrecieran después de la derrota.

Francia tenía tres opciones estratégicas: podía tratar de formar una coalición antigermana, podía intentar una partición de Alemania o podía tratar de reconciliarse con Alemania. Todos los intentos de formar alianzas fallaron porque la Gran Bretaña y los Estados Unidos los rechazaron, y porque Rusia ya no formaba parte del equilibrio. La parti-

ción de Alemania tropezó con la oposición de los mismos países que rechazaban una alianza, pero con apoyo de los cuales tenía que contar Francia, no obstante, en caso de urgencia. Y era a la vez demasiado tarde y demasiado temprano para una reconciliación con Alemania: demasiado tarde porque la reconciliación era incompatible con el Tratado de Versalles; demasiado temprano porque la opinión pública francesa aún no estaba madura para ello.

Resulta paradójico que la vulnerabilidad de Francia y la ventaja estratégica de Alemania fuesen aumentadas por el Tratado de Versalles pese a sus cláusulas punitivas. Antes de la guerra, Alemania se había enfrentado a vecinos poderosos, tanto en el Este como en el Oeste. No podía expandirse en ninguna de las dos direcciones sin tropezar con un gran Estado: Francia, el Imperio austro-húngaro o Rusia. Pero después del Tratado de Versalles ya no hubo un contrapeso a Alemania en el Este. Debilitada Francia, disuelto el Imperio austro-húngaro, y fuera del escenario durante algún tiempo Rusia, simplemente no había manera de reconstruir el antiguo equilibrio del poder, sobre todo porque las potencias anglosajonas se negaron a garantizar el acuerdo de Versalles.

Ya en 1916, lord Balfour, por entonces ministro del Exterior británico, previó por lo menos una parte del peligro que se cernía sobre Europa cuando advirtió que una Polonia independiente podía dejar indefensa a Francia en otra guerra: si “se convertía a Polonia en un reino independiente, quedando como amortiguador entre Rusia y Alemania, Francia se encontraría a merced de Alemania en la próxima guerra, por la razón de que Rusia no podría acudir en su ayuda sin violar la neutralidad de Polonia”;³³ exactamente el mismo dilema de 1939. Para contener a Alemania, Francia necesitaba un aliado en el Este que pudiera obligar a Alemania a entablar una guerra en dos frentes. Rusia era el único país lo bastante fuerte para ello. Pero quedando Polonia entre Alemania y Rusia, ésta sólo podía hacer presión sobre Alemania violando a Polonia, que era demasiado débil para desempeñar el papel de Rusia. Lo que hizo el Tratado de Versalles fue dar un incentivo a Alemania y a Rusia para repartirse a Polonia: precisamente lo que hicieron 20 años después.

A falta de una gran potencia con la cual aliarse en el Este, Francia intentó fortalecer a los nuevos Estados para crear la ilusión de un desafío en dos frentes para Alemania. Apoyó a los nuevos Estados del este de Europa en sus esfuerzos por arrancar más territorio a Alemania o a lo que quedaba de Hungría. Obviamente, los nuevos Estados tenían un incentivo para alentar la ilusión francesa de que podrían llegar a servir como contrapeso de Alemania. Y sin embargo, estos nuevos Estados no podían desempeñar el papel que hasta entonces estuviera a cargo de Austria y Rusia. Eran demasiado débiles, estaban desgarrados por conflictos internos y rivalidades mutuas. Y por el Este asomaba una Rusia

ya reconstituida, furiosa por sus propias pérdidas territoriales. Una vez que recobrar su fuerza, Rusia demostraría ser una amenaza tan grande como Alemania para la independencia de los Estados pequeños.

De este modo, la estabilidad del continente llegó a recaer en Francia. Se habían necesitado las fuerzas combinadas de los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia y Rusia para someter a Alemania. De estos países, los Estados Unidos volvían a ser aislacionistas, y Rusia se apartó de Europa por un drama revolucionario y por el llamado *cordon sanitaire* de los pequeños Estados del este de Europa que se interponían en el camino de la ayuda directa de Rusia a Francia. Para mantener la paz, Francia habría tenido que ser el policía de toda Europa. No sólo había perdido el gusto y la fuerza por esa política intervencionista, sino que, si lo hubiera intentado, se habría encontrado sola, abandonada a la vez por los Estados Unidos y la Gran Bretaña.

Sin embargo, la mayor falla del acuerdo de Versalles fue psicológica. El orden mundial creado por el Congreso de Viena se había cimentado en el principio de una unidad conservadora, junto con los requisitos del equilibrio del poder; en efecto, las potencias indispensables para mantener el acuerdo también lo consideraban justo. El acuerdo de Versalles nació muerto porque sus valores fundamentales chocaban con los incentivos indispensables para aplicarlo: la mayoría de Estados necesaria para defender el acuerdo lo consideraba injusto, por una u otra razón.

Lo paradójico de la primera Guerra Mundial fue que se entabló para someter el poderío alemán y su amenazante predominio, y que llevó a la opinión pública a un paroxismo que impidió el establecimiento de una paz de conciliación. Y sin embargo, a la postre los principios wilsonianos impidieron una paz que coartara el poder de Alemania, y no hubo un sentido compartido de justicia. El precio de dirigir la política exterior con base en principios abstractos es la imposibilidad de distinguir entre casos particulares. Como los gobernantes reunidos en Versalles no estaban dispuestos a reducir el poder de Alemania por los derechos implícitos de la victoria o por cálculos del equilibrio del poder, se vieron obligados a justificar el desarme alemán como la primera parte de un plan general de desarme, y las reparaciones como una expiación de culpas por la guerra misma.

Para justificar de esta manera el desarme de Alemania, los Aliados socavaron la actitud psicológica necesaria para sostener su acuerdo. Desde el principio, Alemania pudo afirmar, como lo hizo, que la estaban discriminando, y exigió que se le permitiera el rearme o que otras naciones se desarmaran en la misma proporción. En el proceso, las cláusulas de desarme del Tratado de Versalles acabaron por desmoralizar a los vencedores. En cada conferencia sobre desarme, Alemania ocupaba el más alto plano moral, habitualmente con el apoyo de la Gran

Bretaña. Pero si Francia concedía a Alemania la igualdad en el rearme, se desvanecería toda posibilidad de salvaguardar la independencia de las naciones de la Europa oriental. Por tanto, las cláusulas del desarme tenían que conducir al desarme de Francia o bien al rearme de Alemania. Y en ningún caso quedaría Francia lo bastante fuerte para defender a la Europa oriental o, a largo plazo, para defenderse a sí misma.

De manera similar, prohibir la unión de Austria y Alemania violaba el principio de autodeterminación, como lo violaba la presencia de una numerosa minoría alemana en Checoslovaquia y, en menor grado, de una minoría alemana en Polonia. De este modo, el irredentismo alemán fue apoyado por el principio organizador del Tratado de Versalles para intensificar la conciencia de culpa de las democracias.

La mayor falla psicológica del tratado fue el Artículo 231, la llamada Cláusula de Culpa de Guerra: declaraba que Alemania era la única responsable de la primera Guerra Mundial, y establecía una severa censura moral. La mayor parte de las medidas punitivas contra Alemania en el tratado —económicas, militares y políticas— se basaban en la afirmación de que toda la conflagración había sido culpa exclusiva de Alemania.

Los pacificadores del siglo XVIII habrían considerado absurdas las “cláusulas de culpa de guerra”. Según ellos, las guerras eran sucesos amorales inevitables, causados por el choque de intereses. En los tratados que pusieron fin a las guerras del siglo XVIII, los vencidos pagaban un precio sin tener que justificarse por motivos morales. Mas para Wilson y para los pacificadores de Versalles, había que atribuir la causa de la guerra de 1914-1918 a algún mal, que había que castigar.

Sin embargo, cuando los odios habían disminuido, algunos agudos observadores empezaron a ver que la responsabilidad de que estallara la guerra era bastante más complicada. Desde luego, Alemania tenía una gran responsabilidad; pero, ¿era justo aplicar medidas punitivas sólo a Alemania? ¿Era adecuado el Artículo 231? Una vez que empezó a plantearse esta pregunta, especialmente en la Gran Bretaña durante los años veinte, comenzó a vacilar la decisión de aplicar las medidas punitivas a Alemania contenidas en el tratado. Los pacificadores, con remordimientos de conciencia, se preguntaron si era justo lo que habían hecho, y esto provocó su falta de resolución para mantener el tratado. Desde luego, Alemania no era responsable de esto. En el habla popular alemana, el Artículo 231 llegó a ser conocido como “La Mentira de la Culpa de Guerra”. La dificultad física de establecer un equilibrio del poder no fue menor que la dificultad psicológica de crear un equilibrio moral.

De este modo, los creadores del acuerdo de Versalles lograron precisamente lo opuesto de lo que habían querido hacer. Habían intentado debilitar a Alemania en lo físico, pero en cambio la fortalecieron en lo geopolítico. Y desde el punto de vista del largo plazo, Alemania se

encontró después de Versalles en mucho mejor posición para dominar a Europa que antes de la guerra. En cuanto Alemania se liberara de los grilletes del desarme, lo que sólo era cuestión de tiempo, resurgiría más poderosa que nunca. Esto lo resumió así Harold Nicolson: “Vinimos a París confiados en que estaba a punto de establecerse el nuevo orden; salimos de allí convencidos de que el nuevo orden simplemente había estropeado al antiguo”.³⁴